

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XXXIV

EL VERDADERO PROBLEMA MEXICANO

Durante treinta años el presidente Díaz ha gobernado a México con el poder de un autócrata. Ningún monarca del mundo ha podido ejercer una autoridad de esa clase sobre un pueblo. Los mexicanos han adquirido a tal grado el hábito de confiar en el criterio de él y cumplir sus deseos, que puede nombrar a los gobernadores de los 27 estados, los miembros del Congreso, los jueces de los tribunales. Todas las cosas en la vida de la nación se ordenan y se desarrollan conforme a su voluntad, desde luego, siguiendo los objetivos principales y los lineamientos generales en lugar de la letra estricta de la Constitución.

Después de treinta años de poder casi absoluto, toda su fortuna consiste en unos \$200 000 y la casa que ocupa en la ciudad de México. También posee \$17 000 en bonos mexicanos, que le dieron por sus servicios como militar; pero éstos los entregó a su esposa, ya que no quiere presentarlos para que se los paguen mientras es Presidente de México.

Con 30 000 soldados y unos cuantos miles de rurales ha podido mantener la paz y lograr que la vida y los bienes estén casi tan seguros en la república mexicana como en Francia, Inglaterra o Alemania; y la población ha aumentado a unos 16 000 000 de personas.

Por debajo del gobierno nacional están los 27 gobernadores de los estados, con sus 295 jefes políticos, 1 798 presidentes municipales y 4574 jueces de paz o comisarios. Éstos, con el gobernador del Distrito Federal, representan los mecanismos ejecutivos de la nación.

Nadie ha entendido mejor que el presidente Díaz lo inútil que es tratar a su pueblo como si fuesen anglosajones formados por ascendencia, tradición, instinto racial, educación y hábito para sostener las cargas y responsabilidades de la ciudadanía previstas por su Constitución anglosajona. La verdad es que quizá no más de una décima parte de la población de México vota alguna vez en una elección. No obstante, la Constitución otorga a todos los adultos varones el derecho al voto. Esta situación se debe en gran medida a la flojera natural y la indiferencia política de la población indígena y de quienes son en parte indígenas, que representan más de tres cuartas partes de todos los ciudadanos del país. En parte también es resultado de un sentir generalizado entre las masas, ya sea que las cosas tienen que salir bien bajo la dirección del presidente Díaz o que sería poco menos que inútil tratar de oponerse a lo que él apoye.

No hay en el mundo un pueblo más gentil, cortés y adorable que la gran masa de los mexicanos. Tampoco existe algún país donde los afectos familiares se muestren con más ternura, incluso entre los más pobres e ignorantes. La sangre indígena florece constantemente en las profesiones y entre los descendientes de las antiguas razas encontramos brillantes abogados, médicos, ingenieros y otros individuos capacitados y cultos. La mano de obra calificada ha comenzado a organizarse. Un profundo vínculo de simpatía y conciencia histórica une a los miembros de la sociedad moderna, que por tradición son excluyentes, con los peones más desdichados y degradados; es un espíritu muy patriarcal, pero no por eso menos auténtico. No obstante, por desgracia el mexicano promedio está imbuido de una especie de fatalismo político, una sensación de que en cierta forma el gobierno proseguirá solo; y el presidente Díaz ha expresado una queja constante de que sus compatriotas, como un todo, no ponen interés suficiente y racional en la política. Tiene una fe inextinguible en el futuro de su pueblo y está muy orgulloso de su

amabilidad y talentos, pero reconoce con franqueza su actual superficialidad política.

Para llegar al corazón de la política y el gobierno mexicanos, siempre hay que recordar que la gran mayoría de los habitantes quizá descienden de razas orientales, y luego recordar la trayectoria de menos de cuatro siglos hasta la época en que sus antepasados eran idólatras súbditos de reyes, guerreros y sacerdotes entregados al canibalismo. Tenían templos, palacios, fortalezas, leyes, artes y una civilización inconfundible muchos siglos antes de que los españoles armados los sorprendieran llegando por mar, pero no había rastros de aspiraciones, capacidades o instintos democráticos entre ellos, ya fuese entonces o en los siglos angustiosos de mal gobierno y opresión hispanos.

Durante más de medio siglo el pueblo mexicano, en particular los indígenas y los mestizos, dieron una prueba emocionante de su disposición y capacidad para luchar y morir por la independencia. Sin embargo, la historia está llena de ejemplos que muestran que los pueblos lucharán por la independencia colectiva o nacional preocupándose poco o nada por la soberanía política del individuo, que es la esencia de la filosofía política en los países anglosajones.

Quienes critican o atacan al gobierno de México tienen por costumbre comparar las condiciones políticas en ese país con las de los Estados Unidos, sencillamente porque las dos naciones son vecinos geográficos y porque sus constituciones escritas se asemejan en lo fundamental. Sería más conciso, y acorde a los hechos y el sentido común, comparar las condiciones políticas en México con las condiciones políticas en las otras repúblicas llamadas latinoamericanas.

Hay algunas razas para las cuales la democracia total es como la luz del sol, que saca a relucir las duras realidades de la vida y revela con todas sus dificultades manifiestas los problemas de la sociedad como un todo en su relación con el individuo. En dichas razas la tendencia del ciudadano no simplemente es insistir en sus privilegios personales, sino mostrar una celosa consideración de su deber para asumir, en su propia situación privada, una parte total de la tensión, la presión y el dolor del gobierno.

Existen otras razas para las cuales la democracia es como el claro de luna que produce una romántica media luz que le da un aire de solemne belleza y dignidad a lo feo y lo malo, igual que a lo bello y lo bueno; revela lo imaginativo y lo sentimental, pero oculta lo práctico. En dichas razas la democracia se convierte en un sentimiento vago, y el individuo que recurre al gobierno para todo, rechazando o haciendo caso omiso de sus responsabilidades para mantener el orden y promover el bienestar general —proclamando sus derechos pero olvidando sus deberes, y ajenos al hecho de que el proceso de gobierno comienza con un autocontrol personal— tiende a considerar que los alborotos armados contra los malestares o desventajas temporales o individuales son igual de justificables que la guerra deliberadamente emprendida contra el gobierno injusto e intolerable.

El pueblo mexicano aún no ha tenido una buena oportunidad de mostrar sus posibilidades en condiciones de una libertad democrática absoluta. Eso está por venir. Entretanto la labor de preparación moral, económica, social y política, cuya carencia ha causado que todos los experimentos democráticos previos hayan fallado, va adelante bajo la supervisión y dirección del presidente Díaz y sus colaboradores; y los elementos de estabilidad y conservadurismo ya desarrollados por la paz continua, la industria y la educación brindan una sólida promesa para el futuro, cuando el venerable jerarca de México fallezca.

Se dice que el presidente Díaz selecciona a los gobernadores de los 27 estados mexicanos y que el poder ejecutivo es tan grande que la soberanía de los estados en algunos aspectos es más una teoría que una realidad. En cierto sentido esto es verdad. Su influencia es tal que sólo tiene que indicar el nombre del candidato que aprueba para que la elección se convierta en una ratificación formal de su criterio político.

Pero en México la soberanía de los estados es forzosamente una ficción constitucional. En ésta, como en otras cosas, muchos se han despistado por las comparaciones con las soberanías locales de los Estados Unidos. Los trece estados originales de ese país se reunieron como naciones independientes. En su calidad de independientes y soberanos, crearon una nación con poderes soberanos definidos y limitados, reser-

vando para sí la soberanía residual. Sin embargo, en México, el gobierno nacional existió primero como la soberanía única y original, y en el último análisis, a pesar del lenguaje de la Constitución, los estados son meras subdivisiones del poder nacional para conveniencia de la administración local. Incluso el sistema electoral para elegir al presidente y el vicepresidente no reconocen fronteras estatales. También cabe recordar que las colonias que formaron los Estados Unidos durante toda su historia estuvieron separadas y tenían total independencia entre ellas; y aunque estaban sujetos a una soberanía común al otro lado del mar, tenían historias, leyes, tradiciones y hábitos diferentes; cuando se unieron como estados libres en todos aspectos eran independientes entre sí. Las provincias mexicanas no tenían esa clase de antecedentes, sino que eran simples distritos administrativos de una sola colonia española, gobernados por un virrey y un ayuntamiento.

Los acontecimientos y las necesidades del pueblo han hecho que el principio de autoridad dominante en México sea nacional y ejecutivo en lugar de federativo o legislativo. De lo contrario, la república pudo haber muerto por pura debilidad ejecutiva. En los días de Juárez y Lerdo, muchos de los estados cuestionaban la autoridad del gobierno nacional, y no fue sino hasta que el presidente Díaz quebrantó el poder de los diversos líderes que habían tratado de instalarse como dictadores virtuales en sus propios estados —como fue el caso de Canales en Tamaulipas, Pesqueira en Sonora, Álvarez en Guerrero, Treviño en Nuevo León, Terrazas en Chihuahua y Traconis en Yucatán— cuando resultó posible la vida nacional de México. “El principio de la autoridad nacional se justifica cada día más en México —dice el presidente Díaz—. Si es tan difícil encontrar un hombre para dirigir el gobierno federal, cuánto más debe serlo encontrar 27 hombres para que gobiernen los estados en forma acertada y en armonía con nuestros intereses como nación.”

Sería absurdo decir que el gobierno de México o las condiciones del país se acercan a la perfección. Las interminables demoras de los procesos oficiales; la prensa restringida; los inmensos latifundios; la falta de instalaciones de irrigación en los distritos agrícolas; el embrutecedor

y destructivo tráfico del pulque, una de las bebidas intoxicantes más desmoralizadoras que se conozcan; el carácter político de la administración de justicia; el sistema de servidumbre por deuda en las fincas; la costumbre de encarcelar a los ciudadanos por causas triviales o políticas; el extremo rigor de las leyes de la Iglesia; las mejoras costosas y con frecuencia ornamentales en la capital nacional y otras grandes ciudades, al tiempo que se descuidan los caminos vecinales y las pequeñas ciudades y pueblos, son algunas de las cosas que deben reformarse en el futuro desarrollo de la república. Es más incierto que pueda haber algún cambio en las costumbres populares que apoyan 117 plazas de toros, once loterías y 389 casas de empeño.

Hay alrededor de 2 000 bandas militares que habitualmente dan conciertos en parques y plazas de México durante el año. Llegará el momento en que las masas del pueblo estén menos satisfechas con la música que se brinda a costa del público que con calles limpias, alcantarillado moderno y más escuelas.

Se escuchan amargas quejas de los jefes políticos, los cuales suman 295 en la república. Estos funcionarios representan el poder del estado en sus distritos y eclipsan por completo a las autoridades locales. Sin embargo, es difícil saber cómo pueden abolirse los puntos fundamentales del sistema. Desde el punto de vista administrativo, el jefe político es prácticamente el homólogo del cacique de los antiguos mexicanos. Los españoles destruyeron al cacique, pero tuvieron que inventar al jefe político. Es, o se pretende que sea, el funcionario que corrige la pereza y la negligencia locales; pero cuando es incompetente, corrupto o tirano, posee una sorprendente capacidad para exasperar.

Sin embargo, la historia del pueblo mexicano bajo el presidente Díaz, es una marca ininterrumpida de progreso contra las dificultades que podrían haber aplastado a un hombre más débil o menos dedicado; y el amor que le profesa su pueblo, el reconocimiento a su patriotismo puro y su forma acertada de gobernar, y la buena disposición a seguirlo y apoyarlo pese a la severidad o los errores, están entre las pruebas más contundentes de la creciente estabilidad mental, moral, social y política de la nación mexicana en conjunto.

Un indicio muy significativo del cambio sobrio que ha sufrido la nación es que el presidente Díaz —que conoce a su país mejor que nadie en el mundo— ha llamado a colaborar a civiles y no a soldados, políticos como los señores Limantour, Molina, Creel y Corral, quienes trabajan juntos en el gran diseño de la paz mediante una mayor industria y prosperidad, conforme al concepto del Presidente en el sentido de que los ferrocarriles, telégrafos, fábricas y escuelas, en forma gradual pero segura, toman el lugar de los soldados como conciliadores.

Uno de los políticos más reflexivos y responsables del México moderno ha dicho que este país es como un animal muy largo, que tiene la cabeza muy lejos de la cola. Hay mucho de verdad en esta idea. Las tendencias sumamente centralizadas del gobierno del presidente Díaz, teniendo en mente la paz, la paz absoluta, como requisito esencial de todas las otras cosas, ha producido un desarrollo en el Distrito Federal y los estados del centro fuera de toda proporción respecto a las partes más remotas de la república. Hasta hace muy poco tiempo, la guerra de guerrillas y el violento bandolerismo de los yaquis en Sonora evitaban cualquier intento formal de tener a la disposición todos los recursos de ese rico estado del noroeste. Aun ahora las emboscadas traicioneras y la conducta asesina de algunos de los mayas intransigentes en las zonas despobladas del territorio de Quintana Roo, a 2 000 millas de Sonora, desalientan la actividad industrial en ese extremo fértil del sureste.

Durante toda una generación, el presidente Díaz se ha esforzado por terminar la guerra depredadora en estas dos regiones remotas, para quedar decepcionado por las repetidas traiciones y atrocidades, y verse obligado una y otra vez a recurrir a la fuerza militar. No obstante la energía empleada por el gobierno para ocuparse de estos enemigos incorregibles del progreso y el desarrollo se ha tergiversado en forma cruel.

Una de las peores falsedades que difundieron en el extranjero los enemigos del gobierno mexicano es la afirmación de que en distintas partes de la república, en particular en Yucatán, existe la esclavitud abierta y reconocida. El autor de este libro se esforzó mucho por investigar las horribles historias, en las cuales se exponen las torturas de los

UNAM-IIIH

esclavos; los latigazos hasta matar a los hombres que no quieren o no pueden trabajar; la total y manifiesta perversión que sufrían sus esposas e hijas; la miseria y el horror de la vida servil que padecían en las grandes plantaciones de henequén; la complicidad de los tribunales y los funcionarios ejecutivos en lo concerniente a la vasta escena de cautiverio, brutalidad, injusticia e incluso el asesinato deliberado que ocurre frente a sus ojos; y la crasa y franca inmoralidad de las acaudaladas familias gobernantes. La estancia en Yucatán fue de muchas semanas, tanto con los propios hacendados como entre los trabajadores de los campos, mayas y yaquis. Para comprobar la naturaleza del trabajo, el autor trabajó realmente en los campos, cortando henequén con las manos bajo el sol tropical del mediodía y cargando sobre su espalda los pesados manojos de hojas hasta los sitios designados, con un acompañante que controlaba el tiempo con un reloj y contaba el número de hojas cortadas en determinado periodo por alguien cuyas manos y músculos eran blandos y que no estaba habituado al trabajo o al clima.

La verdad es que los escritores sensacionalistas y sus cómplices revolucionarios quienes han hecho estremecerse a estadounidenses y británicos desinformados con las historias de la esclavitud en Yucatán, y han descrito la captura de las poblaciones de yaquis honrados y patriotas en la oprimida Sonora y su deportación a Yucatán, donde los vendían como esclavos, para hacerlos trabajar hasta desfallecer entre los esclavos mayas temblorosos y golpeados, han combinado dos asuntos en su deseo de perjudicar el nombre de México y han inventado gran parte del resto.

El problema con los yaquis es una cuestión militar simple y pura, mientras que la llamada servidumbre para pagar las deudas practicada entre los mayas de las plantaciones de henequén es una característica, no de la esclavitud, sino de un sistema de remisión de deuda por el trabajo, derivado de las centenarias condiciones y costumbres patriarcales.

Es innegable que hay muchos males en esta costumbre de permitir que los trabajadores del henequén se endeuden tremendamente con sus empleadores, o los engatusen para que lo hagan, y que aquí y allá un hacendado se aproveche de su poder y de la posición aislada para ser cruel

o injusto; sin embargo, las condiciones de la mano de obra en Yucatán no son mucho peores que en algunos yacimientos de carbón de Pennsylvania bajo el antiguo sistema de tiendas propiedad de la compañía.

Las tribus yaquis y sus aliados, quienes habitan en la mitad sur del estado de Sonora, en las riberas de los ríos Yaqui y Mayo, nunca fueron sojuzgados ni se sometieron a las leyes y las autoridades constituidas ya fuesen del gobierno español, en la época del dominio español, o del gobierno mexicano posterior. En forma constante las fuerzas armadas lucharon contra ellos, pero nunca pudieron vencerlos de manera decisiva. Después de que los derrotaron las expediciones que intentaron pacificarlos, los diversos gobiernos siempre quedaron satisfechos con las declaraciones de paz que hicieron las tribus y retiraron sus tropas a otras partes donde podían necesitarse.

Los indígenas estuvieron en paz sólo durante breves periodos. No había ninguna fuerza en su territorio que les inspirara temor y ninguna autoridad, salvo la de sus jefes, y pronto regresaron a la senda de la guerra y asaltaban las aldeas y pueblos vecinos, quemando, asesinando y robando a su paso. Entonces el gobierno volvió a verse obligado a ir al campo de batalla contra ellos y mantener la lucha hasta que hicieran un llamamiento a la paz. Al retiro de tropas le seguía un corto lapso de tranquilidad relativa, interrumpido de nuevo por alzamientos, incendios provocados, asesinatos y robos.

El ideal de los yaquis ha sido mantener su completa independencia en determinado territorio que ven como propio. No permitían de buena gana la intervención del gobierno nacional, ni del gobierno del estado, ni el sometimiento a ninguna de las leyes y reglamentos que obedecen todos los demás ciudadanos. Insistían en tener su propio gobierno, conducido por sus jefes, bajo sus caprichosas leyes no escritas, sin respeto por nada más. Durante una época los yaquis y sus aliados mantuvieron esta condición independiente con el terrible jefe Cajeme, quien armó y equipó a 5 000 hombres para mantener su independencia y combatir al gobierno mexicano hasta lo último. Pero con el tiempo, las fuerzas de Cajeme fueron vencidas en el campo de batalla y a él lo ejecutaron por sus brutales crímenes.

Los indígenas de la ribera del río Mayo se sometieron al gobierno y la actual situación floreciente de su región muestra la manera acertada y generosa con que los ha tratado la república. Durante un tiempo, también los yaquis fingieron someterse y aceptaron de buen grado la comida, ropa, animales, implementos agrícolas y semillas que les distribuyó el gobierno mexicano con la esperanza de que pudieran iniciar una nueva vida pacífica y productiva. Sin embargo, después de dos años, los yaquis se levantaron repentinamente por todo el río. Atacaron a las tropas federales, a las órdenes religiosas de ambos sexos y asesinaron a los blancos que capturaron, con excepción de las monjas. Vino enseguida otro horrible periodo de feroces asaltos después de los cuales a los indígenas los llevaron a sus montañas. Las tropas del gobierno los sacaron de sus baluartes y durante una época parecieron estar en paz. De nuevo hubo otro brote de matanzas y quemazones. Los indígenas ya no peleaban en grupos grandes. Aparecían en pequeños grupos por todo el estado. Mataban a todos los viajeros en forma despiadada. Las ciudades, pueblos, minas y campamentos de leñadores eran abandonados.

En 1906 la situación de Sonora se había vuelto intolerable. El desarrollo del gran estado era imposible mientras los yaquis siguieran con su absurdo reclamo de independencia y perpetuaran un reino de asesinatos, saqueos y piromanía. El capital y las empresas estaban listos para entrar a Sonora, todo lo que se necesitaba era paz.

El presidente Díaz sólo tenía dos opciones: exterminar a los yaquis o deportarlos a otra región. Todos los intentos de conciliar con la tribu habían fracasado. Así fue como el Presidente ordenó llevar por la fuerza a 5 000 ó 6 000 yaquis al distante Yucatán, donde había gran demanda de mano de obra en las plantaciones de henequén y donde los distribuyeron como jornaleros entre un número de hacendados tal, que fuera probable impedir que regresaran a Sonora. Esta política severa, aunque relativamente clemente, casi terminó con el temible asunto de los yaquis y hoy día funciona en Sonora un millar de nuevas fuerzas de civilización productiva.

En Yucatán los yaquis deportados son en realidad prisioneros de guerra. No se finge que están libres. No se les permite tener armas ni

pueden regresar a su amado estado natal en el noroeste. En todo lo demás, tienen los mismos derechos y libertades que los oriundos de Yucatán, y a igual trabajo reciben igual paga.

Una esmerada investigación efectuada por el autor reveló que los jornaleros de las plantaciones de henequén, muy pocas veces, si acaso, trabajan más de ocho horas diarias en el corte o la limpieza del henequén. En algunas de las plantaciones el trabajo en los campos promediaba alrededor de cuatro horas diarias.

No había indicios de temor o esclavización entre los trabajadores del campo. Mantenían la cabeza erguida, sonreían y veían a la cara a sus empleadores como cualquier otro trabajador. Sus mujeres e hijos, casi sin excepción, llevaban finas cadenas de oro; algunos portaban joyería por un valor de varios cientos de dólares. Tienen muchas armas y municiones. En una sola cabaña conté seis rifles. Una investigación de las ventas realizadas por los armeros mostró que cada año vendían unos 4000 rifles a los indígenas de las fincas henequeneras y que, contando la vida promedio de estas armas baratas, siempre hay 8000 rifles distribuidos entre los indígenas yucatecos, no digamos el machete universal. Sin duda no se necesitan argumentos para convencer a una persona imparcial de que es imposible esclavizar a un pueblo armado.

Hay pruebas de que los dueños de las plantaciones de Yucatán, por regla general, son hombres humanos y justos. La mayoría le proporciona casa gratuita a sus jornaleros, igual que servicio médico y medicinas, les distribuyen ropa regalada y les hacen generosas donaciones de comida. Se descubrieron muchos casos en que los hacendados habían gastado cientos de dólares en servicios hospitalarios para los distintos jornaleros o sus esposas o hijos. La persistente búsqueda entre los jornaleros o sus familias tampoco revela un solo ejemplo en que a un hombre lo azotaran por negarse a trabajar. Incluso los yaquis, a quienes se preguntó en secreto, negaron estar enterados de las crueldades descritas por los escritores sensacionalistas; su única queja era que no les permitían regresar a Sonora.

La afirmación de que había esclavitud en Yucatán —acusación que no puede pasarse por alto en una biografía de Porfirio Díaz— es una

falsedad fácil de refutar al hacer una visita a esa maravillosa región. La población indígena y mestiza es limpia y sumamente virtuosa. Es sorprendente que alguien le atribuya inmoralidad a ese pueblo admirable. No hay en el mundo mujeres más amables, hospitalarias, elegantes y modestas que las esposas e hijas de los hacendados. Los ataques a los hogares y la vida social de la población blanca de la península son completamente dolosos.

Uno de los máximos políticos de la república es don Olegario Molina, el llamado “rey del henequén” de Yucatán. Después de organizar la industria henequenera y que, como gobernador de Yucatán, había transformado la ciudad de Mérida de un mugriento pueblo de mala muerte, infectado con enfermedades, en una ciudad bella, bien pavimentada, saludable, moderna, llena de hospitales, asilos y escuelas —un total milagro en su clase— el presidente Díaz, quien había ido a Yucatán a ver personalmente el maravilloso resultado, llevó al señor Molina a su Gabinete como Secretario del Departamento de Fomento (fomento de obras públicas, agricultura, minería, colonización, etcétera). Este hombre tenaz es quien está salvaguardando los recursos hidráulicos de México para los trabajos de irrigación, que son la suprema necesidad física de un país donde llueve poco.

Después de muchos años de un esfuerzo arduo y a veces desalentador, los puntos más distantes de México —Yucatán y Sonora— ahora rivalizan en energía, prosperidad y lealtad con los grandes estados del centro.